

Agatha Christie en Canarias

NICOLÁS GONZÁLEZ LEMUS

PRIMERA PARTE

LA GRAN DAMA DEL CRIMEN

Mary Clarissa Agatha Millar, más conocida por Agatha Christie, escritora inglesa de novelas de intriga más famosa de todos los tiempos, reconocida como la reina del crimen, con personajes tan populares como Hércules Poirot y Miss Marple, viajó a Canarias en febrero de 1927, conmemorándose este año de 2007 el ochenta aniversario de su visita. Se trasladó a las islas después de abandonar su casa sin dejar rastro durante unos diez días, como consecuencia del enamoramiento de su marido Archibald de otra mujer, hasta tal punto que policías, detectives y amigos se movilizaron en su busca. Ya era por aquel entonces una escritora famosa de novelas de misterio y su desaparición despertó la lógica preocupación. Cuando dio señales de vida comentó “sólo diré dos palabras: tuve amnesia”. Respuesta propia de una persona que parecía ocultar su estado anímico. La señora Christie padecía una fuerte depresión que le impedía terminar incluso la novela que estaba escribiendo. Vino a las islas en busca de paz y tranquilidad, para recuperarse de su estado depresivo, salir del bache y ser capaz de continuar escribiendo. Visitó las islas como turista, buscando el descanso. Creyó que lo encontraría en el Puerto de la Cruz, el *health resort* más conocido y sobre el cual más literatura se había vertido en toda Europa, fundamentalmente en Gran Bretaña. Una vez comprobado que el lugar elegido no satisfacía todas sus exigencias se trasladó a Las Palmas de Gran Canaria.

Por eso, el viaje a Canarias de Agatha Christie no puede ser considerado como el típico viaje que solían hacer las viajeras de entonces. Las viajeras británicas del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX estaban impregnadas de un espíritu aventurero marcado por la voluntad de ver mundo y realizar incursiones en los espacios reservados para el hombre, aunque, como afirma Cristina Morató, sin renunciar a ser unas elegantes damas del Imperio Británico. A caballo, mula o en cualquier otro medio de tracción animal, valientemente exploraban el territorio que solían visitar con afán de aprender y conocer, provistas de un cuaderno de notas y una pluma para registrar sus emociones, sus experiencias y sus impresiones a través de sus diarios, notas, etc. Aquellas que viajaron a Canarias fotografiaron las islas a través de su sabia mirada y de su pluma; algunas de una manera minuciosa reflejaron el estado de las costumbres, las tradiciones, la forma de ser de los isleños, el aspecto de las ciudades y los pueblos, etc. En ese sentido, nos legaron unos escritos de gran valor para la historia social del pasado del archipiélago, entre otras razones, porque el estudio de las costumbres, mentalidad y condiciones sociales de los habitantes de las islas apenas ocupaban la atención de los mismos isleños. Es la literatura de viajes que con todo derecho forma una parte importante de la narrativa inglesa. Sus autores son los que han marcado la tradición viajera del pueblo británico.

Por el contrario, el viaje a Canarias de Agatha Christie como turista estuvo marcado por la búsqueda del confort, del descanso, la tranquilidad y la familiaridad que le ofrecía un lugar seguro, un *health resort* familiar. Trajo consigo su máquina de escribir para continuar escribiendo su novela interrumpida, *El misterioso tren azul*, pero apenas mostró interés por el mundo isleño que le rodeaba ni sintió un fervoroso deseo por descubrir lo nuevo, el pasado legendario de una cultura aborígen extinta, el atractivo de la

flora, la benignidad del clima u otros aspectos. No obstante, la escritora británica redactó dos relatos cortos donde la acción se desarrolla en los lugares donde estuvo y en su *Autobiografía* hace alusión a su estancia en las islas.

Nos acercaremos a la persona de Agatha Christie a través de su *Autobiografía*, escrita por ella y donde recoge los hechos de su vida desde el nacimiento hasta el año 1965. Así pues, la mayoría de las páginas de esta corta biografía son sus propias afirmaciones.

Agatha nació en la casa familiar de Ashfield, Torquay, en el sur de Inglaterra. Torquay, célebre ciudad turística y de recreo de la escarpada costa de Devon, situada en la Riviera inglesa era un lugar de moda como residencia invernal. Su padre era americano y su madre inglesa. Se conocieron en Inglaterra. Clarissa, «Clara», Boechmer era huérfana de padre desde su infancia. A los doce años, su primo de Estados Unidos, Frederick Miller, vino a visitar a la familia. Años más tarde, Frederick, heredero de una fábrica de harina, volvió a Inglaterra para pedir la mano de su prima y la llevó a Nueva York, donde se casaron. Tuvieron dos niños, Madge y Monty. En aquellos años los americanos acomodados pasaban temporadas en la Riviera inglesa, y era natural que a la familia Miller le atrajera Torquay, ciudad en la que Frederick decidió instalarse definitivamente. Su esposa Clarissa se enamoró de la preciosa villa de Ashfield, en el barrio de Torre, una de las siete colinas de Torquay. Era una bonita mansión, rodeada de jardín con pinos y robles. La primera planta albergaba espaciosos salones, amueblados de forma original, cosmopolita y con refinadas miniaturas ya que Frederick era un amante de las antigüedades. En la biblioteca abundaban libros de autores clásicos y modernos. El comedor era grande. La casa estaba repleta de cuadros, comprados por su padre, ya que estaba de moda cubrir lo más posible las paredes. En Ashfield todo estaba impregnado de una aureola victoriana. Su aspecto exterior le daba un aire de residencia colonial.

Aquí, el 15 de septiembre de 1890 nació Agatha Mary Clarissa Miller. En ausencia de su hermana Madge, hospedada en Brighton, y de su hermano Monty, estudiante en Harrow, Agatha era una niña solitaria. Así pues, fue la tercera hija de la familia Miller y la niña que alegraría la casa desde entonces.

Su padre, según ella un hombre bastante vago, no era un hombre de negocios. Todos los días salía por la mañana de su casa para ir al club, y por la tarde, otra vez al club a jugar a las cartas hasta que volvía de nuevo a casa a cambiarse con el tiempo justo para la cena. Durante la temporada de críquet se pasaba los días en el club, del que era su presidente. Su madre, Clara Boechmer, era completamente distinta, de una personalidad enigmática y llamativa, más fuerte que la de su padre. Muy original en sus ideas, era tímida, poco segura de sí misma y algo melancólica. En Ashfield daba grandes banquetes, frecuentaba los actos sociales, etc. Tenía unos diez años menos que él. Parecía ser un matrimonio feliz, que había llevado un noviazgo típicamente victoriano. Su madre había sido profundamente desdichada en su vida. Agatha tenía un hermano, Monty, un chico cariñoso y muy querido por su padre. Después de la guerra de Sudáfrica le asignaron a un regimiento regular, East Surreys, y fue enviado directamente de Sudáfrica a la India. Se dedicó plenamente a la vida militar. Su hermana, Madge, se casó con James Watts, nueve meses después de la muerte de su padre.

Agatha no fue a la escuela, incluso no tuvo una orientación disciplinada determinada con autoridad. Su madre, como buena victoriana, creía que los niños no debían leer hasta no alcanzar los ocho años. Pero la carencia de escuela la suplió devorando libros. Las lecturas preferidas de Agatha en su juventud fueron los cuentos

de hadas. Su tía-abuela se los regalaba por su cumpleaños y en Navidad. Además tenía una colección de cuentos de animales escritos por Andrés Lang. Fue con ellos donde se despertó su interés por la lectura. También desde muy joven inició sus primeros pasos en la escritura. A la edad de 11 años publicó un poema en la prensa local. A pesar de ello, como dice en su *Autobiografía*, el arte de escribir no estaba en su mente. Su talante parecía estar en la música. Su madre quería darle una formación musical y a los 16 años la envió a París a estudiar canto y piano. Pero ella no se sentía atraída por la música.

Cuando su padre cayó en una depresión comenzó a deteriorarse su salud. En varias ocasiones sufrió ataques al corazón. La preocupación económica minó más su salud. El remedio inmediato era economizar siendo el sistema habitual de la época vivir en el extranjero durante cierto período, no por la diferencia en impuestos que ello suponía, sino porque el coste de vida era muy inferior. El procedimiento era alquilar a cualquier precio la casa, con servidumbre incluida, e instalarse en un hotel en el sur de Francia, donde el nivel de vida era entonces más bajo que en Inglaterra. Así pues, alquiló Ashfield a unos americanos que pagaron un buen precio, y se trasladó con la familia.

Inicialmente fueron a Pau donde permanecieron seis meses. Su madre encontró a una niñera inglesa que llevaba toda su vida viviendo en Pau y que hablaba muy bien el francés, y todas las mañanas iba a buscar a Agatha para pasear por la ciudad. Es aquí donde Agatha aprende el francés. Después de regresar a las islas del Canal Agatha comenzó entonces a leer muchos libros. Devora novelas históricas. *El prisionero de Zenda* de Stanley Weyman fue su primera novela. La leyó varias veces. También leyó todas las novelas de Julio Verne en francés; durante mucho tiempo su preferida fue *Viaje al centro de la Tierra*; de Frances Hodgson Burnett *El jardín secreto* y a otros autores que su hermana Madge había llevado a casa como Wilkie Collins o Mary Elizabeth Braddon. Leía también los libros de L. T. Meade para niños, que no le gustaban a su madre porque las niñas que describía eran ordinarias y no pensaban más que en ser ricas y en tener vestidos elegantes.

Pero la enfermedad de su padre se dejó sentir. Ya se había encontrado mal en el extranjero. Consultó a dos o tres especialistas; uno dijo que se trataba del corazón y otro le diagnosticó un problema gástrico. De nada servía la ciencia médica. Después de un angustioso sufrimiento murió.

La vida de Agatha cobró un color muy distinto. Era el momento en que salía del mundo de la infancia, de la despreocupación, para cruzar el umbral de la realidad. Precisamente cuando se marchó su hermana Madge, comenzó la segunda etapa de su vida, permaneciendo sola junto a su madre. Ésta sufría ataques del corazón y se relacionaba con pocas amistades. Agatha y ella se encontraban en muy mala situación económica y tenían que ahorrar todos los días para poder conservar Ashfield. Así pues, cesaron los banquetes y las fiestas, y se quedaron con dos sirvientes en lugar de tres.

En aquellos años Agatha recuerda la insoportable compañía de las viejas gruñonas de Torquay que miraban con un poco de recelo a las chicas que se paseaban por la playa, que era el centro comercial de la ciudad. Sobre todo, las chicas de la familia Huxley, que solían pasear de un lado a otro de la playa, sonreían y bromeaban y *no llevaban guantes*. Todo esto para ellas constituía un delito social. Sin embargo, como el doctor Huxley era un distinguido médico y su mujer estaba bien relacionada se le aceptaba en sociedad. El modelo social de entonces era curioso y algo cursi, según la propia Agatha, aunque se despreciaba cierto tipo de pedantería: la gente se reía de los que no hacían más que hablar de la aristocracia, pero preguntaba: ¿A qué familia perteneces?

Su hermano Monty se enrolaría en el ejército británico de la India y su hermana Madge se casó en 1902 con un joven de familia acomodada de Manchester, James Watts. Una hermana de James, Nan, se convertiría en la mejor compañera de Agatha. En una ocasión su hermana Madge vino a Ashfield con su hijo de dos meses. Se quedó un largo tiempo. Le contó entonces a Agatha la primera historia del detective Sherlock Holmes, *El carbunco azul*, y desde entonces no dejó de interesarse por Conan Doyle. Aunque le gustaban todas, las preferidas eran *El carbunco azul*, *La liga de los pelirrojos*, y *Las cinco semillas de naranja*. Madge, antes de casarse, había escrito varios cuentos, y muchos de ellos fueron aceptados por *Vanity Fair*, por considerarlos buenos logros literarios. Escribió una serie de narraciones sobre el deporte: *The sixth Ball of the Over*, *A Rub of the Green*, *Cassie plays Croquet* y otras llenas de gracia e ingenio. Agatha las volvió a leer después de veinte años y se quedó impresionada por lo bien que escribía su hermana. Después de casarse, Madge se convirtió en autora teatral. Su obra *The Claimant* fue representada por Basil Dean del Royal Theatre con los actores Leon Quartermayne y Fay Compton. Escribió también una o dos obras más que no se representaron en Londres.

Agatha no destacaba en nada. Le gustaba jugar al tenis, al croquet y anhelaba ser escritora, decidida a triunfar algún día, pero llevaba una vida tranquila y feliz en Torquay. Solía ir a Ealing, pueblo al oeste de la periferia de Londres, para visitar a su abuela materna. Su casa, de estilo victoriano, tenía una enorme Chimenea con figuras de Dresde que representaban a los personajes de la *Commedia dell' Arte* Arlequín, Polichinela y Colombina, las cuales Agatha no cesaba de contemplar y que se convertirían en actores enigmáticos de algunas historias. La llegada de los tranvías a Ealing provocó una fuerte protesta, comenta en su *Autobiografía*. ¡Qué desastre para una zona residencial tan maravillosa, con calles anchas y casas tan bonitas, tener tranvías que daban campanillazos arriba y abajo!, escribe en su *Autobiografía*. Los tranvías llegaron inexorablemente. Hubo llanto y crujir de dientes. Por fin, con la llegada de los tranvías Agatha vio publicado su primer esfuerzo literario, una poesía que escribió el primer día que circularon. Tenía cuatro estrofas:

*Cuando pasó el primer tranvía,
luciendo su esplendor,
¡qué bien!, pero al concluir el día,
otro era el cantar, señor.*

El 1906 su madre decidió enviarla a París para estudiar música y canto en un internado. Fue su primera gran salida y la aprovechó para perfeccionar el francés. En un principio soñó con ser cantante de ópera pero poco a poco se desvanecieron sus ilusiones al comprobar que no era ese el futuro que le esperaba. En realidad en aquellos años lo único que anhelaba era un matrimonio feliz. Como toda mujer victoriana presentía la felicidad que le aguardaba: amar, ser protegida, querida y admirada, proporcionando éxito al marido como era su deber. No obstante, las chicas de la época victoriana hacían de los hombres lo que querían. Dejaban bien sentado que eran frágiles, delicadas y sensibles, necesitadas de protección y de mimos.

SUS BAÑOS EN EL MAR

Cuando su madre se fue con Madge al sur de Francia, después de la muerte de su padre, Agatha se quedó sola en Ashfield durante tres semanas con su amiga Jane. Una de las

cosas con las que más disfrutaba era con el baño. Siempre le gustó bañarse. Era asidua de las playas de Babbacombe y Anstey's Cove. Aghata describe maravillosamente la forma de bañarse de aquella época:

“En las playas se imponía entonces una segregación estricta. Había una pequeña ensenada donde se bañaban las mujeres, una playa pequeña y pedregosa hacia la izquierda de los Salones de Baño, que tenía una pendiente pronunciada. Allí había ocho casetas de baño a cargo de un anciano de temperamento irascible, cuyo trabajo consistía en acercar las casetas al agua y volverlas a sacar. Había que entrar en ellas (un receptáculo pintado con rayas alegres), comprobar que las dos puertas tenían echado el pasador y comenzar a desnudarse con precaución, pues en cualquier momento el anciano podía ponerlas en movimiento. Entonces comenzaba un tremendo balanceo y la caseta recorría trabajosamente su camino sobre las piedras, lanzando a los bañistas de un lado a otro. Era algo muy parecido al movimiento de un jeep o de un Land Rover cuando atraviesa las partes más pedregosas del desierto. Se detenía tan bruscamente como había arrancado. La mujer seguía desnudándose y poniéndose el bañador, que era muy feo, generalmente de alpaca azul oscuro o negro, con mucho vuelo, pliegues y flecos, y que llegaba mucho más abajo de la rodilla y de los codos. Una vez lista, se abría la puerta que daba al mar. Si el hombre había sido amable, el peldaño superior quedaba a nivel del mar. Se descendía un poco hasta que el agua llegara decorosamente a la cintura y se comenzaba a nadar. No muy lejos había una balsa, a la que se llegaba nadando cuando se quería descansar. Si la marea estaba baja ésta quedaba cerca, pero si estaba alta había un buen trecho y tenía que ingeniárselas sola. Después de un rato de baño, las mujeres recibían la señal de volver a la orilla.

Las francesas se bañaban con medias, de modo que no podía vérselas las piernas. Tampoco se tomaba el sol en la playa. Una vez fuera del agua había que entrar en la caseta, que era arrastrada hacia arriba tan bruscamente como antes. Posteriormente se sentaban en la playa y comían un bollo o cualquier otra cosa.

La playa de los hombres estaba situada más lejos, y podían exhibirse cuanto quisieran en sus exiguos bañadores sin que los vieran las mujeres. No obstante, en aquellos tiempos comenzaba a ponerse en práctica en Inglaterra el baño mixto, aunque aún era condenado por algunas señoras mayores y familias conservadoras. A pesar de todo, los bañadores siguieron siendo muy tapados hasta las primeras décadas del siglo XX”.

Agatha iba con frecuencia a las playas en las que se permitía el baño de ambos sexos. Primero a las de Tor Abbey y Corbin's Head, que eran las principales de la ciudad, aunque no se bañaba allí porque había demasiada gente. Luego se trasladó a la más aristocrática, Meadfoot, que estaba aproximadamente media milla más alejada. En la playa de las mujeres se mantuvo la segregación y se dejó en paz a los hombres con sus lucidos triángulos, quienes tampoco tenían mayores ansias de gozar del baño mixto, apegados rígidamente a su reserva privada. Algunos de los que llegaban a Meadfoot se turbaban al ver a las amigas de sus hermanas en traje de baño, lo que consideraban próximo a la desnudez.

Al principio Agatha fue obligada a bañarse con medias. Según ella, eran incómodas y no comprendía cómo las francesas las soportaban, a no ser que no nadaran, sino que se limitaran a entrar andando y volver a salir para posar en la playa.

El ambiente en el momento de la toma de decisión del consejo municipal sobre la aprobación definitiva de los baños mixtos fue muy acalorado. Un consejero muy viejo, que se oponía con vehemencia, soltó su último alegato:

-Lo único que digo es, Sr. Alcalde, que si se aprueban los baños mixtos, se pongan divisiones decentes en las casetas, aunque sean bajas.

Agatha nadaba en verano, patinaba en invierno y leía gran cantidad de libros. Cuando joven su madre le leía a Charles Dickens, a Walter Scott y a otros destacados autores británicos. Pronto comenzó a leer *La Feria de las Vanidades*, de Thackeray. Como lectura personal, le entusiasmaban las obras de Alejandro Dumas en francés, *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después*, y sobre todo, *El conde de Montecristo*. También se aficionó a la lectura de las novelas históricas de Maurice Hewlett.

Una vez más la familia Miller se dispuso a alquilar de nuevo la casa en Torquay. Los viajes eran bastante baratos y el coste de vida en el extranjero quedaba cubierto con la renta fijada por Ashfield. Torquay era un lugar de moda para la temporada de invierno, era entonces la Riviera inglesa y la gente pagaba altos alquileres por pasar allí la temporada, que estaba además animada con conciertos por la noche, conferencias, bailes y muchas otras actividades sociales.

Llegó la hora de la presentación en sociedad de Agatha. En aquel entonces, si se trataba de una familia acomodada, la madre daba un baile y se iba a Londres por una temporada. A ese baile y a otros semejantes se invitaba a los amigos personales, pero debido a la mala situación económica por la que atravesaban, su madre comprendió lo difícil que sería entrar en sociedad en el modo acostumbrado. Eligió El Cairo como lugar de convalecencia pensando en ella, y según Agatha, resultó una buena elección. La joven Miller, entonces tenía diecisiete años, era tímida y poco sociable, pero El Cairo era como un sueño. Pasó allí tres meses, asistiendo casi todos los días a los bailes que organizaban por turnos los mejores hoteles para la cosmopolita y refinada sociedad británica. En la capital egipcia estaban estacionados tres o cuatro regimientos del ejército y había muchos ingleses acaudalados pasando el invierno, en su mayoría madres con sus hijas. Lo que menos le interesaba a Agatha de Egipto eran las maravillas de su antigüedad, que veinte años después le causarían un tremendo impacto.

Agatha escribió una serie de poemas sobre la leyenda de Arlequín: el canto de Arlequín, el de Colombina, Pierrot, Pierrette, y otros. Envío unos poemas a *The Poetry Review*, con los que ganó el premio de una guinea. Más tarde ganó otros premios, y le publicaron varios poemas. Agatha se iba acercando cada vez más al mundo literario. Un día desahogado de invierno, estaba en cama convaleciente de una gripe. Se aburría. Entonces su madre le insinuó:

¿Por qué no escribes un cuento?

¿Por qué un cuento? replicó Agatha.

Como Madge.

No creo que sea capaz.

¿Por qué no?

A los cinco minutos su madre apareció con un cuaderno entre sus manos. Agatha comenzó a pensar en un cuento. La madre fue a buscar la máquina de escribir de Madge. Lo tituló *La casa de la belleza*. Acababa de leer a D. H. Lawrence. Había leído también algunos libros de Everard Cotes. Después escribió otros: *The Call of Wings*, *The Lonely God* ... Los escribió a máquina y los envió ilusionada a varias revistas,

cambiando el seudónimo de vez en cuando, según se le ocurría. Su hermana Madge se había puesto Mostyn Miller. Ella se puso Mack Miller, luego Nathaniel Miller, que era el nombre de su abuelo. Pero no tuvo mucha fortuna y no triunfó. Entonces decidió escribir una novela, de poca monta, cuya acción se desarrollaba en El Cairo. Su madre le sugirió que le pidiera ayuda a Eden Philpotts, que estaba en la cumbre de la fama y había sido amigo de su padre.

SU MATRIMONIO CON ARCHIBALD CHRISTIE

En una fiesta celebrada el 12 de octubre de 1912 en la casa de lady Clifford conoció al joven oficial Archibald Christie del cual se enamoró. Pero en agosto de 1914 estalló de la Iª Guerra Mundial y Archibald fue movilizado y partió para Francia junto a los *Royal Flying Corps*. Agatha entra en una profunda soledad que intenta combatirla realizando largos paseos por la hermosa costa salpicadas de playas y contemplando el mar que la separaba de su prometido. Pero Archibald consiguió unos días de permiso antes de Navidad y regresó a Inglaterra. Los jóvenes amantes fueron a pasar un fin de semana a casa de Christie, cerca de Bristol, y allí fue donde Archie, como sería llamado, le pidió la mano. Su madre se oponía a su matrimonio e intentó persuadirla de aquella locura, pero en la Nochebuena de 1914 Agatha se casó con el capitán Archibald Christie, perdiendo ella el apellido Miller y asumiendo el apellido de su nuevo esposo como es costumbre en los países anglosajones. Dos días después de la boda, Archibald fue enviado de nuevo al frente y Agatha comenzó a trabajar en la farmacia del hospital y en el dispensario como doncella de pabellón. Fue mientras trabajaba en el dispensario cuando se le ocurrió escribir una historia policíaca. Al contrario de lo que pensaba cuando era enfermera, que siempre tenía muchas cosas que hacer, en el dispensario o estaba muy ocupada o absolutamente libre. Así pues, reflexionó sobre el tipo de relato policíaco que escribiría. Como se hallaba rodeada de venenos, pensó que lo más natural sería escoger la muerte por envenenamiento como el método ideal. Tenía que crear un detective. Por aquella fecha estaba muy influida por el personaje de Conan Doyle, Sherlock Holmes, el cual le sirvió de modelo para su Hércules Poirot, alusión a un policía belga que se había refugiado en Inglaterra. Su novela la acabó en 1916 y la tituló *El misterioso caso de Styles*.

La envió a cuatro editores. Los tres primeros la rechazaron, aunque como comenta ella, muy correctamente. El cuarto, John Lane, de la casa The Bodley Head no se dignó siquiera a responder. Sin embargo, a los dos años, mientras residía en Londres, un día recibió una carta del mismo John Lane pidiéndole que se pusiese en contacto con ellos en relación con un manuscrito que les había enviado, titulado *El misterioso caso de Styles*. Un libro que ella ya incluso había olvidado completamente. Fue a la oficina y habló personalmente con el editor. En el contrato se estipulaba que ella no recibiría ningún derecho de autor hasta que se hubieran vendido los primeros dos mil ejemplares, y a partir de dicha cifra recibiría una pequeña cantidad por cada ejemplar vendido. De *El misterioso caso de Styles* se vendieron cerca de dos mil ejemplares, lo que no estaba mal en aquellos tiempos para una novela policíaca de un autor desconocido. A ella le había proporcionado la suma de 25 libras, no por derechos de autor, sino en derechos de publicación por entrega. *El misterioso caso de Styles* es, sin duda, la más memorable de sus novelas porque introdujo en el mundo al detective belga Hércules Poirot y por ser el primer libro publicado de Agatha Christie. Empezó a escribirlo en 1916 durante la Primera Guerra Mundial y sería publicado en 1921.

A continuación vino *El asesinato en el campo de golf*, escrito después de un célebre proceso en Francia. Hércules Poirot había cosechado un buen éxito en *El misterioso caso de Styles*, así que le propusieron que continuara con el personaje. Agatha se sentía vinculada en sus relatos policíacos a dos personajes: Hércules Poirot y su Watson, el capitán Hastings. No obstante, en *El asesinato en el campo de golf* se alejaba ya bastante de las novelas de Conan Doyle y ella estaba influida por *El misterio del cuarto amarillo*. Pero Bruce Ingram, director en aquel tiempo de *The Sketch*, a quien le había gustado el personaje de Poirot, le propuso que escribiera una serie de relatos con su detective.

A veces, con su marido Archibald, cogía el tren los fines de semana y se iba a East Croydon a jugar al golf. Ella no había sido una buena golfista, y Archibald había jugado muy poco, pero acabó aficionándose. Eran momentos en que a Archibald no le parecía muy honorable su trabajo y quería cambiar de empleo. Le gustaba la actividad empresarial de la City, y tenía aptitudes para ello, pero a medida que pasaba el tiempo confiaba menos en la firma para la que trabajaba.

EL VIAJE ALREDEOR DEL MUNDO

Un día al mayor Belcher, un amigo de Archie, se le encomendó reunir a un equipo de expertos que deberían acompañarle durante once meses por todo el Imperio Británico para preparar una gran exposición que tendría lugar en Londres en 1924. Belcher le propuso a Archibald que se uniera al grupo, invitando también a su señora. Se contrató a Archibald como consejero financiero. El itinerario era África del sur, Australia, Nueva Zelanda y América. Archibald iba con los gastos pagados y además recibiría una gratificación de £1.000. La verdad es que Agatha y Archibald ya habían estado dos veces en el extranjero, durante un corto período de vacaciones: una vez en el sur de Francia, en los Pirineos, y otra en Suiza. Pero anhelaban conocer China, Japón, La India, Hawai y muchos otros sitios exóticos y puestos de moda bajo el victorianismo. Particularmente Agatha estaba entusiasmada ante la posibilidad de descubrir países lejanos en los que siempre había soñado estar. Disfrutó en África del sur con sus amaneceres y los baños de mar. La cocina australiana no le agradó: «Siempre nos servían o una ternera durísima o pavo», escribe en su *Autobiografía*. Como muchos de sus compatriotas, prefirió Nueva Zelanda. Pasó por las islas Fidji, y desembarcó en Honolulu, donde descubrió las maravillas de un deporte desconocido en su tierra, el surf. Hizo una pequeña escala en Nueva York donde aprovechó para saludar a sus primos. En este viaje Agatha visitó Madeira, un destino turístico sofisticado y de calidad muy frecuentado entonces por los británicos.

Su retorno a Inglaterra podría haber sido muy feliz, pero la realidad pronto mostró su desagradable rostro. Los Christie tenían poco dinero. El empleo de Archibald era cosa del pasado y ahora había otro joven en su puesto. Sus únicos ahorros ascendían a unas 100 libras al año, lo que suponía la necesidad de encontrar rápidamente un nuevo trabajo, antes de que el alquiler, las facturas y los otros gastos domésticos empezaran a llegar.

Estábamos en el año 1923. Durante la guerra había numerosas oportunidades para las mujeres en los cuerpos de auxiliares, de voluntarias, empleos en la fábrica de munición o en los hospitales. Pero eran temporales. No había empleos para las mujeres en las oficinas o en los ministerios. Las tiendas estaban llenas de hombres. Archibald, por su parte, recorrió las oficinas de la City de Londres, visitando a todas las personas que podían ofrecerles alguna posibilidad de empleo. Al final consiguió uno. No le

gustaba demasiado; tenía ciertos resquemores sobre la firma que le había contratado: tenían fama de estafadores. Agatha trató de tranquilizarlo y tranquilizarse ella misma escribiendo de nuevo, pues sabía que era la única forma de aportar ella algún dinero. Todavía no pensaba en dedicarse a escribir como una profesional, pero los cuentos publicados en *The Sketch* le habían animado. Cuando estaba en África del Sur ella ya tenía esbozado el argumento de un libro, *El misterio de la Mansión Mill*, o *Asesinato en la Mansión Mill*, aunque su título definitivo fue *El hombre del traje color castaño*. El libro se vendió muy bien y la editorial, The Bodley Head, le sugirió que firmara con ellos otro espléndido contrato.

Superado el bache económico, Agatha comenzó a buscar una secretaria e institutriz para su hija Rosalind, de cinco años. Puso un anuncio en un periódico pidiendo a alguien que se ocupara de su hija y que supiera taquigrafía. En un hotel en Londres, cercano a Lancaster Gate, se entrevistó con Charlotte Fisher. Le gustó. Así fue como la señorita Fisher se convirtió en su secretaria. Mary Fisher, su hermana, les ayudaba siempre que era necesario, y continuaron con ella como amiga, secretaria, institutriz y chica para todo. Duró muchos años. La llegada de Charlotte, Carlo como Rosalind empezó a llamarla al cabo de un mes, fue como un milagro, y tan pronto como Rosalind empezó a ir al colegio, Agatha comenzó a dictar a Charlotte su nueva novela *El asesinato de Roger Ackroyd*. Su nuevo editor, William Collins, la publicó. Fue todo un éxito. A partir de entonces todo parecía ir sobre ruedas; Rosalind iba por primera vez al colegio, su novela se estaba vendiendo muy bien y Agatha tenía a Carlo Fisher como secretaria. Charlotte es como una perla, le decía Nan.

Sin embargo, ese mismo año, 1926, sería uno de los pocos que Agatha odiaría recordar. Al mes de regresar a su casa, tras unas cortas vacaciones en Córcega, su madre sufrió una bronquitis muy seria. Estaba aún en Ashfield. En ese momento Archibald estaba en España en viaje de negocios y ella se dirigía en tren a Manchester cuando de forma repentina se produjo la muerte de su madre. Su marido no pudo venir al funeral, porque estaba todavía en España. Fue entonces cuando se planteó el problema de arreglar Ashfield, para quedarse a vivir allí. Agatha decidió ir a Torquay, pero Archibald se quedó en Londres.

Le propuso a su marido que pasara con ella unos fines de semana. Se encontraba sola, pues el padre y la madrastra de Carlo habían estado viajando por África y de repente cayeron muy enfermos en Kenia: él tenía cáncer. Carlo tuvo que viajar al continente negro y no la tenía de compañía. Carlo regresaría a Edimburgo tan pronto como volviera de África donde permanecería hasta que llegara el fatal desenlace. Agatha se había despedido de ella con lágrimas en los ojos, pues Carlo no quería en modo alguno separarse de su amiga. Archibald siempre puso excusas para no ir.

Cuando Agatha pensaba pasar dos semanas con su esposo en Italia, éste le hizo llegar la noticia de su relación amorosa con la antigua secretaria de Belcher, Nancy Neele:

Me he enamorado de ella y quiero que me concedas el divorcio tan pronto como sea posible,

fueron las palabras de Archibald a su esposa por teléfono. Fue el golpe más duro que recibió Agatha. No obstante, ella pensaba que al cabo del tiempo se le pasaría. Pero no ocurrió así. Archibald se marchó a Sunningdale. Afortunadamente el regreso de Carlo fue un gran consuelo para ella. Carlo tenía una visión mucho más clara de las cosas y le comentó que su marido no se echaría atrás de su decisión. Aunque ella afirmó que cuando Archibald empaquetó sus cosas y abandonó la casa se sintió aliviada, la realidad fue que cayó en una profunda tristeza, desesperación y angustia. Le esperó

durante un año pensando que cambiaría. Pero no sucedió así. Desde su hogar en Sunningdale, Surrey, Agatha cogió su coche y se fue a Harrogate, la elegante ciudad de aguas termales situada a 350 kilómetros al norte de Londres. Se inscribió en el hotel con el nombre de Miss Neele. Un buen día su automóvil apareció colgando peligrosamente sobre una cantera de pizarra. Puso en vilo al país entero. Después de diez días sin rastro de ella, uno de los músicos del hotel la reconoció y avisó a la policía. Algunos periódicos consideraron todo el alboroto sospechoso de publicidad.

En el mes de febrero del año siguiente, Agatha, junto con Carlo y su hija Rosalind, decidió visitar las Islas Canarias. Estuvo en el Puerto de la Cruz y en Las Palmas de Gran Canaria.

A su regreso a Inglaterra estaba más endurecida, más desconfiada, pero mejor dispuesta a enfrentarse con el mundo. Tomó un pequeño piso en Chelsea con Rosalind y Carlo, y se fue a ver a su amiga Eileen Monis, cuyo hermano era director de la escuela Morris Hill, para buscar una escuela primaria para Rosalind. Pensaba que, como había desarraigado a su hija de su casa y de sus amigos y como había pocos niños de su edad que conociera en Torquay, lo que más le convenía era un colegio interno; además, a ella también le apetecía. Eileen y Agatha recorrieron unos diez colegios diferentes antes de tomar una decisión.

Una vez abandonadas las islas, ya en Inglaterra, Agatha se encontró con Archibald, ahora el coronel Christie. Hablaron primero de vaguedades y de los amigos comunes, pero Archibald estaba totalmente seguro de no querer regresar con Rosalind y con ella. Agatha le repetía lo mucho que la niña le quería y lo muy intrigada que se había mostrado ante su ausencia. No hubo forma de rehacer la vida familiar. La ruptura fue total. En 1928 se divorciaron.

EL ORIENT EXPRESS Y SU MATRIMONIO CON MAX MALLOWAN

Después de regresar de Canarias, Agatha se reunió con Archibald para intentar reorganizar la vida juntos. “No, no -le dijo-. Me temo que no es posible. Hay una sola cosa que realmente quiero. Deseo ser feliz y no podré serlo hasta que me case con Nancy”. Al final quedaron de acuerdo. Escribieron a sus abogados y fueron a verlos. El asunto se puso en marcha. Ya no faltaba nada, salvo decidir qué haría ella. Su estado seguía siendo desolador y no lograba superarlo del todo. Quedaba bastante hasta las vacaciones de Navidad y decidió irse en busca del sol. Decidió irse a las Indias Occidentales y a Jamaica. Me fui a la Agencia Cook y reservé los billetes. Todo estaba dispuesto. Pero aquí entró de nuevo en juego el destino. Dos días antes de su partida, salió a cenar con unos amigos en Londres. No les conocía demasiado bien, pero eran encantadores. Había entre ellos un joven matrimonio, el comandante Howe y su esposa. Se sentó al lado del comandante durante la cena y le empezó a contar cosas de Bagdad. Acababan de llegar de allí, pues estaba destinado en el golfo Pérsico. Después de cenar, su mujer vino a su lado y se pusieron a charlar. Le dijo que todo el mundo hablaba de Bagdad como una ciudad horrible, pero que sin embargo a ellos les había seducido plenamente. Le comentaron muchas cosas y poco a poco se fue entusiasmando con la idea de visitarla.

-Supongo que el viaje será por barco, ¿no?

-Se puede ir también en tren, en el Orient Express.

-¿El Orient Express?

Toda su vida había soñado con viajar en ese tren. Cuando había estado en Francia con frecuencia lo había visto parado en Calais y le había ilusionado hacer un viaje en él. Aquello le convenció definitivamente. El comandante Howe le escribió en un papel los lugares que debía visitar. Le recomendó Mosul y Basora y desde luego no se perdiera Ur. Acababa de leer en *The Illustrated London News* los maravillosos descubrimientos del arqueólogo londinés Leonard Woolley (1880-1960) en Ur, más tarde sir Charles Leonard Woolley, autor de unos 25 libros, de los cuales dos son los más destacados *Spadework: Adventures in Archaeology*, publicado en 1953 y *Excavations at Ur: A Record of 12 Years' Work*, publicado en 1954. Agatha se había sentido siempre muy atraída por la arqueología, aunque era completamente profana en el tema.

Al día siguiente corrió a la oficina de la Cook y canceló los pasajes a las Indias Occidentales y los cambió por un billete y reserva en el Simplon-Orient Express hasta Estambul, de Estambul a Damasco y de Damasco a Bagdad, a través del desierto. Estaba terriblemente excitada. Necesitada cuatro o cinco días para obtener los visados y todo lo demás y después, ponerse en marcha.

-¿Pero se va sola? -le dijo Carlo, llena de dudas- ¿Completamente sola a Oriente Medio? No conoce usted nada de todo aquello.

-Oh, todo irá a las mil maravillas -le contestó- Al fin y al cabo, alguna vez hay que hacer algo sola, ¿no?

...Había dado la vuelta al mundo con Archie, había estado en Canarias con Carlo y Rosalind y ahora me iba de viaje completamente sola.

Y así fue como cinco días más tarde salió hacia Bagdad. Después de hacer la travesía desde Inglaterra a Francia a través de Dover tomó el tren en Calais.

Cuando estaba en Oriente, Agatha puso mucho interés en visitar Ur. Telegrafió a los señores Woolley notificándoles su llegada. Katherine Woolley, la esposa de Leonard Woolley, acababa de leer uno de sus libros, *El asesinato de Roger Ackroyd*, y estaba muy entusiasmada con su lectura. Katherine llegaría a ser una de sus mejores amigas y pronto Agatha se enamoró de Ur, “de su belleza al atardecer con los zigurats que se elevaban ligeramente ocultos por las sombras y aquel ancho mar de arena con sus colores pálidos, maravillosos, amarillo, melocotón, rosa, azul, malva, cambiando a cada minuto”.

A su regreso a Inglaterra fue a Londres, donde se encontraba Rosalind con una de sus amigas, Pam Druce, a cuyos padres había conocido en Canarias.

Pero la vida de Agatha estuvo constantemente llena de viajes, y en uno de las nuevas visitas a Ur, se encontró allí con los miembros de la expedición formada por el padre Burrows y Whitburn, el arquitecto, el ayudante de Leonard Woolley, y Max Mallowan, un arqueólogo inglés que estuvo asociado a la Escuela Británica de Arqueología en Bagdad, que realizó excavaciones fundamentalmente en las actuales Siria (Chagar Bazar, Tell Brak) e Irak (Nimrud). Muchos de sus hallazgos se encuentran actualmente en el Museo Británico.

Max había regresado a Francia, donde estuvo con su madre para luego dirigirse al Museo Británico, y le informó a Agatha que cuando estuviera en Londres, le avisaría. A ella le encantó la idea de verlo de nuevo, a pesar de estar muy ocupada con sus nuevos relatos, *El misterio de las siete esferas*, continuación de *El secreto de Chimneys*. El 11 de septiembre de 1930, contrajeron matrimonio en Escocia. Él era quince años más joven que ella, había nacido el 6 de mayo de 1904. La incorporación de Max Mallowan a su vida cambiaría profundamente la forma de ser de Agatha.

Entre los años 1929 a 1932 su producción fue bastante buena. Publicó también un libro de relatos cortos titulado *Matrimonio de sabuesos*. Todos se relacionaban con algún detective determinado de la época, Thornley Colton, Freeman Wills Croft, Sherlock Holmes, etc. La producción literaria aumentaba con éxito. Escribió un relato sobre su estancia en Siria que tituló *Ven, dime cómo vives*. Le sucedió luego una novela policíaca, *El pan del gigante*, donde utilizó el nombre de Mary Westmacott y nadie supo que la había escrito ella. Lo mantuvo en secreto durante quince años. Además de los libros normales, publicó dos series de cuentos cortos, una de las cuales la formaban las historias de Mr. Quin. Éstas eran sus favoritas. Las escribió con intervalos de hasta tres y cuatro meses, y a veces más. A las revistas les gustaban y a ella también, pero rechazó todas las ofertas de hacer una serie para una publicación periódica. No quería hacer series de *Mr. Quin*, sino que escribiría sólo cuando le apeteciera. Era como una reminiscencia de sus primeros poemas sobre Arlequín y Colombina.

Agatha rompió con el pasado de Ashfield y se alejó de Torquay. Max y ella compraron una casa, Winterbrook House, a mitad de camino entre Londres y Oxford, donde él impartía clases. En la casa instaló su hermosa biblioteca de arqueología. Max fue un brillante arqueólogo y Agatha trabajó mucho tiempo con él en el Oriente Medio, incluso llegó a ser miembro del equipo arqueológico y jugó un papel destacado en los trabajos más importantes de su marido en Nimrud. A partir de ahora, la escritora consciente de las posibilidades misteriosas que ofrecía el Oriente Próximo y los descubrimientos de su esposo, trasladó los decorados y personajes a esta parte del mundo. Robert McCartney, uno de los ayudantes de Max, no dejaba de incitarla a que lo hiciera. Producto de ello fueron sus dos novelas de clara inspiración oriental más célebres *Asesinato en Mesopotamia* y *Poirot en Egipto*.

Entre 1939 y 1945 serían años de producción prolífica. Descubrió la isla de Burgh en la costa de Devon, a medio camino entre Plymouth y Torquay. Era propiedad del empresario londinense Archibald Nettleford, casado con una cantante de ópera. Agatha lo conoció y éste la invitó a una fiesta de fin de semana en su mansión. La señora Christie se percató de que dicha mansión era un escenario ideal para un relato de detectives y la utilizaría en sus relatos *Diez negritos* (1939) y *Maldad bajo el sol* (1941). Escribiría en este periodo un gran número de novelas: *El caso de los anónimos*, *Cinco cerditos*, *Un cadáver en la biblioteca* y *los trabajos de Hércules*.

Agatha combinaba su carrera de escritora con la actividad de asistente permanente de su esposo Max. Aparte de su período de gran productividad, padeció la tragedia de la guerra, pues el marido de Rosalind, su hija, Hubert Pritchard, murió en 1944 en el frente, cuando su nieto, Mathew, tenía escasamente dos años de edad. En 1949 Rosalind se casaría de nuevo con Anthony Hicks

Al año siguiente de la muerte de Hubert Pritchard, 1945, los Christie compraron Greenway House, mansión de estilo georgiano, construida alrededor de 1780 cerca de Torquay. Aquí durante la década de los cincuenta, catalogada ya Agatha como la «duquesa de la Muerte», consagraría la mayor parte de su tiempo descansando y disfrutando del hermoso jardín y vivero de la mansión.

Además de la literatura de detective y misterio Agatha Christia también escribió novelas románticas con el seudónimo de Mary Westmacott e historias religiosas para niños, *Star over Bethlehem*, escritas casi hasta al final de su vida.

Max Mallowan fue honrado con el rango de miembro de honor de la British Empire, y publicó la historia documentada de sus trabajos en Nimrud bajo el título de *Nimrud and its Remains*, en 1966. Dos años más tarde, la reina Isabel II lo condecoró por su trabajo.

En 1956 el trabajo de Agatha Christie fue reconocido en la literatura y en las artes. Como miembro de honor del British Empire (CBE) en 1956 y dama British Empire (DBE) 1971 por la reina Isabel II. Fue Doctor en Letras por la Universidad de Exeter.

Pronto fueron llevados con más o menos acierto algunas de sus obras a cine. En 1928 el director Julios Hagen rodó *The Passing of Mr. Quinn*, basado en una temprana obra teatral y que se considera el primer film de una historia de Agatha. Seguirá *Alibi* rodada en 1931 por Leslie Hiscott basada en la novela *El asesinato de Roger Ackroyd*. Sin embargo, en 1945 uno de los grandes clásicos del cine francés, René Clair, rodó en Hollywood una adaptación de *Diez negritos*, con el título *And Then There Reere None*. No se realizaría algo destacable hasta 1957 cuando el maestro Billy Wilder rodó *Witness for the Persecution* (Testigo de cargo) con Charles Laughton, Tyrone Power y Marlene Dietrich como principales actores. Se trataba de una obra de teatro escrita por Agatha en 1953 basada en una historia corta publicada por primera vez en 1931 con el mismo título. Pero el acercamiento a la obra de Agatha Christie del inglés George Pollock, el cual filmó entre las décadas de 1950 y 1960 una serie de películas con Miss Marple como protagonista, interpretada por Margaret Rutherford [*Murder, She Said* (1962), *Murder at the Gallop* (1963), *Ten Little Indians* (1965), una versión de *Diez negritos*, entre otras] iría a irritarla por la puesta en escena de su personaje Miss Marple. A comienzos de la década de 1970, llegó las versiones cinematográficas de *Asesinato en el Orient Express* (1974) bajo la dirección de Sydney Lumen, con el actor cómico Albert Finney caracterizando a Hércules Poirot, y *Muerte en el Nilo* (1978) esta vez bajo la dirección del británico John Guillermin con Peter Ustinov como Hércules Poirot.

Sin embargo la década de los ochenta y noventa estarán marcadas por una gran cantidad de serie de televisión.

A lo largo del año de 1975 su salud fue deteriorándose rápidamente. Max estaba redactando sus memorias y sin embargo buscaba tiempo para velar noche y día a su querida esposa, ya en silla de ruedas. Murió el 25 de enero de 1976 en su casa en Wallingford, Berkshire. Fue inhumada en el cementerio de Cholsey, un pueblito cercano a Wallingford.

Max Mallowan sobrevivió dos años la desgracia de la pérdida de su esposa, hasta el 19 de agosto de 1978. Fue enterrado también en Cholsey. Su lápida tiene inscritas dos líneas de Edmund Spenser's *Faerie Queene*:

Sleep after toyle, port after stomies seas,
Ease after warre, death after life, does greatly please.

Dos museos honran hoy la memoria de Agatha Christie. Muchos de sus documentos, fotos y objetos personales se conservan en el Torquay Museum y en la Torre Abbey, antiguo monasterio reconvertido en museo. En Londres, su nieto Matthew Pritchard dirige la Agatha Christie Limited, en 4th Flour Aldwych House, el centro de documentación y operaciones de los derechos de la escritora británica.

SEGUNDA PARTE

AGATHA CHRISTIE EN CANARIAS

Agatha Christie, entonces con 36 años, llegó a las islas en el peor momento de su vida: estaba económicamente mal, había roto con Archibald y por ello estaba padeciendo una fuerte crisis emocional. Vino acompañada de su hija de 12 años Rosalind y su secretaria Charlotte Fisher, a la cual llamaba Carlo. Ella misma lo cuenta en su *Autobiografía*:

“En el mes de febrero del siguiente año, Carlo, Rosalind y yo nos fuimos a las Islas Canarias. Me costaba mucho trabajo sobreponerme, pero sabía que la única forma de empezar de nuevo estaba en romper radicalmente con todo lo que me había hecho naufragar. No encontraba paz en Inglaterra después de todo lo que había pasado. Rosalind era la única luz que brillaba en todo ese panorama. Estando sola con ella y con mi amiga Carlo las heridas cicatrizarían y podría hacer frente al futuro. La vida en Inglaterra me resultaba insostenible.

Supongo que arranca de aquellas fechas mi rechazo a la Prensa y mi disgusto por los periodistas y las multitudes. Era injusto, sin duda, pero natural, dadas las circunstancias. Me sentía como un zorro perseguido y acosado por todas partes por los ladridos de los perros. Siempre he odiado la notoriedad de cualquier tipo y, en esos momentos la tuve en tal alto grado que pensé que no soportaría vivir más.

-Vete a Ashfield -me propuso mi hermana.

-No -le contesté-. No podría. Si me quedo allí sola y tranquila, no haré otra cosa que recordar, recordar todos los días felices que he pasado allí y todas las cosas que he hecho.

Lo más importante, cuando has sufrido, es olvidar los tiempos felices. Recordar los momentos tristes no importa, pero cualquier cosa que te evoque un día feliz o un hecho feliz, te rompería el corazón en dos.

Archie vivió en Styles durante algún tiempo, pero trataba de vender la casa, con mi consentimiento, por supuesto, ya que la mitad era mía. Yo necesitaba desesperadamente dinero, pues estaba otra vez con graves problemas económicos.

Desde la muerte de mi madre había sido incapaz de escribir una sola palabra. Tenía que entregar un libro este año y, al gastar tanto en Styles me había quedado, prácticamente sin dinero: el poco capital que tenía lo había invertido en la compra de la casa. No recibía ningún ingreso, salvo lo que consiguiera con mis libros. Resultaba vital escribir otro libro lo antes posible y obtener un anticipo sobre el mismo.

Mi cuñado, hermano de Archie, Campbell Christie, una persona muy amable y agradable, que siempre había sido un gran amigo, me ayudó bastante. Sugirió que los últimos doce relatos publicados en *The Sketch* podrían formar un

solo libro. Sería un recurso momentáneo. Colaboró conmigo en el trabajo, pues me sentía incapaz de hacerlo sola. Al final se publicó bajo el título de *Los cuatro grandes* y tuvo bastante éxito. Pensé entonces que, en cuanto me marchara y me calmara, quizás podría escribir un nuevo libro con la ayuda de Carlo.

La única persona que estaba enteramente de mi parte, y que me apoyó en todo, fue mi otro cuñado, James.

-Lo estás haciendo estupendamente, Agatha -me dijo, con su voz pausada-. Sabes mejor que nadie lo que te conviene y yo haría lo mismo en tu lugar. Márchate; es posible que Archie cambie de opinión y regrese; me gustaría, pero no creo que suceda. No me parece que sea de ese tipo de personas. Cuando decide una cosa es de forma definitiva y desde luego no cuento con que se arrepienta.

Le dije que yo tampoco contaba con ello, pero que era de justicia, por Rosalind, esperar al menos un año, para que él se diera cuenta realmente de lo que estaba haciendo.

Me educaron, por supuesto, como a todas las mujeres de mi tiempo, con un gran rechazo al divorcio. Incluso hoy conservo cierta sensación de culpa por haber accedido a la insistente petición de Archie. Siempre que miro a mi hija, siento que debía haberme resistido, haberme negado a concedérselo. No quería divorciarme de Archie, odiaba hacerlo. Disolver un matrimonio es una equivocación -de eso estoy segura-, y he tenido ocasión de ver suficientes matrimonios rotos y de oír suficientes historias íntimas, como para estar convencida de que, si tiene poca importancia cuando no hay hijos, sí la tiene y mucha cuando los hay”.

En su misma obra, Agatha Christie nos relata que cogió un barco de la *Union Castle* desde Las Palmas para regresar a Inglaterra. Ello nos hace suponer que el viaje a Canarias lo realizó con la misma línea. La *Union Castle Line*, una compañía marítima que tenía una larga presencia en las comunicaciones con las islas, comenzó a operar en la década de los cincuenta del siglo XIX. Al principio eran dos compañías en lugar de una. Las dos compañías, la *Union SS. C.* y la *Castle Line*, realizaban la travesía desde Londres a Ciudad del Cabo (Sudáfrica), tocando los mismos puertos de las islas atlánticas, aunque la primera solamente lo hacía en Madeira y la segunda en Las Palmas de Gran Canaria. Sus buques eran muy confortables y se dedicaban más al tránsito de pasajeros que al de mercancías. La robustez con que estaban contruidos sus vapores oceánicos, combinando solidez y velocidad, lujo y confort para satisfacer al viajero más exigente, hacía que los pasajeros encontrasen la seguridad y satisfacción, que hasta tiempos muy recientes eran desconocidos. Los vapores de la *Castle Line* no anclaban en el muelle de Santa Cruz, sino en el de La Luz. En la medida en que ambas hacían el mismo trayecto hacia el sur y este de África, a partir de 1888 la *Castle Line* se unió a la *Union Line* -compañía que solamente tenía línea hasta Madeira- bajo el nombre de *Union Castle Mail SS Co.* Fue entonces cuando también comenzó a ofrecer línea con Santa Cruz de Tenerife. Cuando Agatha Christie viajó a las islas la tarifa de la compañía era de £37 por el billete de ida y vuelta en Primera Clase y £20 por el de ida. Era una de las mejores compañías que recalaba por nuestros puertos y tenía fama de llevar a bordo de cada vapor un cirujano y un nutrido grupo de azafatas. Partía desde los puertos de Londres y Southampton y sus representantes eran Hamilton & Co. en Tenerife y Elder Dempster en Gran Canaria.

En Canarias escribió la mayor parte de su nuevo libro *El misterio del tren azul*, hacia el cual sólo sentía rechazo. Agatha Christie centra la acción en las islas en dos relatos: el *Enigmático Mister Quin*, ambientando el capítulo VI en el Puerto de la Cruz

(Tenerife) y en *Mrs. Marple y los trece problemas*, cuyo relato corto “Una señorita de compañía” se desarrolla en Agaete (Gran Canaria).

Agatha Christie visitó dos islas: Tenerife y Gran Canaria. Entonces tanto Santa Cruz de Tenerife como Las Palmas de Gran Canaria eran unas ciudades muy comerciales, aunque también se observaba alguna actividad industrial en los últimos años de la década de los veinte. Recibían mercancías de los principales centros productores de la España peninsular y de Europa. Desde sus puertos se surtía a los pueblos interiores de las islas y a los restantes puertos del archipiélago a través de vapores de correos interinsulares. Eran también los principales puertos de exportación frutera. Los productos principales de la explotación agrícola eran los plátanos, los tomates, las papas y las cebollas y sus principales mercados eran, por orden de importancia, los ingleses, franceses, españoles, alemanes, italianos y belgas. Sin lugar a dudas, el plátano era el mayor producto agrícola de exportación, con enorme importancia económica para las islas, seguido por el tomate y a gran distancia por la papa. Fiel reflejo de lo que afirmamos es el volumen de exportación de cada producto en el año 1924 sólo de Santa Cruz de Tenerife.

Plátanos	2.260.123 kilos
Tomates	1.238.561 kilos
Papas	232.941 kilos

En relación con el movimiento mercantil, existían en los dos puertos varias casas de bancas nacionales y extranjeras, numerosas consignatarias, agencias de seguros y todos los servicios propios de dos centros neurálgicos de la actividad comercial e industrial del archipiélago canario. Las industrias pesqueras, establecidas a base de los enormes bancos de pesca de la costa africana, tenían suma importancia pues el transporte a las fábricas de salazón establecidas tanto en tierra como en buques de vela en alta mar, permitía la exportación de los productos a Fernando Poo y a numerosas colonias extranjeras del continente africano.

Inglaterra era el principal país de importación de mercancías, sobre todo carbón. Otros países de donde se importaba carbón eran Holanda y Alemania.

Los centros turísticos más sobresalientes de las Islas Canarias se encontraban en el Puerto de la Cruz y en las Palmas de Gran Canaria, las dos ciudades donde pernoctó Agatha Christie. Centros turísticos, por otro lado, que debían su desarrollo en gran parte a la existencia de importantes comunidades británicas, herederas de las largas relaciones comerciales establecidas desde el siglo XVI. Desde entonces se establecieron comerciantes ingleses en ambos puertos para la exportación e importación de productos. Fueron también acreedores de muchos labradores y cosecheros, a los que, por razones de liquidez, les proporcionaban dinero en metálico o géneros a cambio del preciado caldo de malvasía. Sin embargo, en esta primera fase de asentamiento británico aún no podrían ser considerados como comunidad, sino a lo sumo como *colonia*. Era una *colonia* establecida temporalmente en suelo canario para realizar la exportación/importación en beneficio, cuando no exclusivamente de su país, a título individual. Pero nos encontramos en los albores de la comunidad británica que se desarrollará a finales del siglo XIX. A partir de entonces se construyeron sus *English Churches*, editaron sus periódicos *The Tenerife News* (Puerto de la Cruz) y *The Canary Islands Reviews* (Las Palmas de Gran Canaria), establecieron sus bibliotecas como la *Orotava Library* (Puerto de la Cruz), sus clubs, construyeron sus cementerios para dar cristiana sepultura a sus súbditos y desarrollaron otras manifestaciones religiosas, culturales y recreativas.

AGATHA CHRISTIE EN TENERIFE

Creo que Agatha Christie llegó directamente al muelle de Santa Cruz porque la *Union Castle Mail SS Co* no hacía escala en las afueras del pequeño desembarcadero del Puerto de la Cruz. Cuando el barco en el que viajaba llegó a Santa Cruz tuvo que permanecer en las afueras del muelle. Solamente podían atracar barcos de amarre. Por eso la escritora inglesa fue desembarcada para poder ser llevada a tierra, como todos los pasajeros, en una lancha de vapor que se acercaba al barco anclado en las afueras. El precio por cada pasajero era de 1 peseta y media o el doble si era por la noche. No había que pagar derechos aduaneros por los baúles, pero las maletas tenían que abrirse en el muelle. Desde 1852, fecha de la declaración de puerto franco, había que pagar unos derechos municipales y aduaneros sobre determinados artículos. Se supone que fue recibida en el muelle por el agente del hotel Taoro del Puerto de la Cruz, quien se encargaba a la vez de los bultos. El muelle tenía una extensión de 822 metros de largo y un ancho que oscilaba entre 18 y 21 metros. A la derecha del muelle de atraque se encontraba una bella alameda, entre la Rambla y la calle la Marina. En esta calle estaban la Central de Correos y la inmensa mayoría de las consignatarias y oficinas consulares. A lo largo de la carretera de San Andrés se encontraba el cuartel de Ingenieros y el Club Náutico. A la izquierda del muelle estaba el castillo de San Cristóbal, cuya construcción databa del año 1577, y que pronto sería demolido por la nueva reforma urbana. En la plaza de Candelaria, el lugar más céntrico y concurrido de la ciudad, estaban los edificios del Gobierno Civil, el Casino, el Club Inglés y el hotel Orotava. En este último inmueble había estado establecida con anterioridad la fonda Panasco, pero en el verano de 1908, el médico alemán Gotthold Pannwitz arrendó la hermosa casa, propiedad entonces del abogado y procurador Juan de la Cruz González, por la cantidad de 7.800 pesetas anuales para establecer el hotel sucursal del hotel Humboldt (nombre que recibió el hotel Taoro en su etapa alemana) al que muy probablemente los alemanes denominaron hotel Orotava, nombre con el cual es conocido en la historia. La casa, de dos plantas, medía 562 metros cuadrados y dado que tenía dos pisos respondía a las expectativas del médico alemán. El contrato de arrendamiento lo realizó junto con Georges de Galatti, que residía en Santa Cruz y sería el encargado del hotel. Su director sería J.H. Normann. El hotel estaba acreditado como el mejor de la capital de la isla. Tenía cafetería, restaurante y sala de billar. Destacaba por su excelente cocina y la enorme variedad de vinos. Además del Orotava, en Santa Cruz existían por entonces numerosos hoteles de calidad tales como el Quisisana, Pino de Oro, Camacho, Victoria, Olsen y después una serie de menor categoría como el Colón, París Hause, España, Niza, Panasco, Continental, entre otros.

Cuando Agatha Christie visitó la isla, Santa Cruz, con una población de 82.432 habitantes de hecho y 82.698 de derecho, era considerada en aquellos años una estación de turismo de invierno. Todas las semanas arribaba un vapor de la Yeoward Bros. con 70 o 100 turistas, en su mayoría ingleses. En el invierno llegaban muchos buques con expediciones organizadas expresamente para hacer turismo en la isla y tenía un buen número de compañías de vapores establecidos en la ciudad y una buena representación consular, siendo el cónsul de Gran Bretaña Persival Helyar y su vicecónsul Cary Griffiths.

Agatha Christie permaneció pocas horas en la capital. Inmediatamente hizo la excursión preferida por todos los forasteros que desembarcaban en Santa Cruz, al valle de La Orotava, atraídos sin duda por el renombre mundial de este privilegiado rincón de Tenerife, y por su vanagloriada estación de invierno del Puerto de la Cruz, a 44 kms de la capital. Entonces había dos maneras de trasladarse al Puerto de la Cruz. Bien a través del tranvía eléctrico hasta Tacoronte, que fue puesto en marcha en 1901 por la *Société*

Anonyme des Tranways électriques de Tenerife. Era un tren con un sistema de funcionamiento muy complicado. Dos motores ponían en movimiento las dinamos (sistema Dulait) de 200 kilowatios. Contaba con calderas Galloway, reguladores Green y acumuladores (baterías) Tudor. El agua ya condensada se enfriaba mediante un refrigerador tubular sistema Koerting. Para impulsar los vagones del tranvía por la subida en pendiente a La Laguna cada vagón disponía de dos motores de 50 caballos. El tranvía aligeró considerablemente el tiempo de ida y vuelta a La Laguna. Salía cada hora y tardaba 45 minutos. Cuando la línea se prolongó hasta Tacoronte (1904) la duración del viaje era de una hora y media. El precio del pasaje a La Laguna en el segundo lustro de los veinte era 1,45 pesetas.

El tranvía eléctrico enlazaba Santa Cruz con La Laguna y Tacoronte. A partir de Tacoronte se cogía un coche para llegar hasta el destino. Antes de llegar a La Laguna hacía una parada en el caserío o barrio de La Cuesta, lugar donde se iniciaba la carretera hacia el sur. Aquí estaba la Central de los Tranvías de Tenerife.

El otro medio de transporte al norte era a través del automóvil de motor. Funcionaba desde las 6 de la mañana hasta las 8 de la noche. Desde Santa Cruz al Puerto de la Cruz costaba 70 pesetas el coche con capacidad para cinco personas y 50 pesetas si se trataba de un coche para 3 personas.

No sabemos qué medio utilizó Agatha Christie cuando visitó Tenerife. Muy probablemente fuera recibida por el agente del hotel y transportada por él en coche al hotel, aunque casi seguro pagando por el transporte.

La carretera, llamada del “Norte”, por ser la que conducía al citado valle, se proyectaba a media ladera, entre la cumbre y el mar, y presentaba a los ojos de los viajeros diversos y atractivos paisajes, desde las vastas llanuras y las pequeñas colinas cultivadas en huertas escalonadas de Tacoronte y Los Rodeos, hasta los bellos caseríos y pueblos de Santa Úrsula, donde abundaban las palmeras, lugar desde donde comenzaban las plantaciones de plátanos hasta invadir totalmente el fondo del valle y el resto de la isla hasta Buenavista. Durante el trayecto el viajero iba acompañado por el mar a la derecha y en casi todos los momentos con la vista panorámica del impresionante Teide al frente. El valle de La Orotava era el principal centro de atracción turístico de la isla. Siguiendo la línea de la carretera, Los Realejos, San Juan de la Rambla, Icod, Garachico, Los Silos, etc., presentaban magníficos panoramas a los ojos de cuantos los visitan y ofrecían, en sus alrededores, lugares encantadores y muy bellos que solían ser visitados por los viajeros.

El valle, coronado por el Teide, presentaba un bello contraste paisajístico por el verde de su vegetación y sus pueblos, caseríos y edificios aislados, salpicado su suelo por las líneas negras de las carreteras arboladas y hacia el lado del mar “el sinuoso contorno del litoral que se hace muy visible por el borbotar continuo de las espumas”, el Puerto de la Cruz, destino de Agatha Christie.

El Puerto de la Cruz, situado en la parte más baja del valle de La Orotava, era todavía, a pesar del superior movimiento comercial de Santa Cruz, un puerto frecuentado por buques fruteros y de turismo donde se embarcaba los productos agrícolas de la isla o llevaban a visitar el lugar a un gran número de viajeros, principalmente ingleses, siendo escala fija de los pequeños buques de turismo de la casa comercial Yeoward Bros. Para desembarcar eran llevados en pequeños botes hasta las escaleras del muelle. El traslado hasta el muelle costaba una peseta y media. El transporte de las maletas pequeñas era gratuito, pero el de los baúles costaba entre 1 y 2 pesetas, dependiendo del tamaño. No se pagaba impuesto sobre los baúles, pero algunas maletas podían ser abiertas en el fielato, el puesto instalado a la entrada de las poblaciones que

recaudaba el antiguo impuesto de consumos. Los vendedores ambulantes debían pagar el fielato. Su población entonces, en 1927, era de 7,036 de hecho y 7.035 de derecho.

Los principales hoteles del Puerto de la Cruz eran el Martiánez, Monopol, Marquesa, una *boarding house* privada del matrimonio inglés Alex Johnston y el Taoro.

Precisamente, la señora Christie se hospedó en el hotel Taoro, el cual tenía establecido acuerdo con la Agencia de la *Thomas Cook & Sons. Ltd.* Fue construido a finales del siglo XIX según un proyecto del arquitecto francés Adolphe Coquet (1841-1907), fue lugar de descanso de gran cantidad de viajeros y turistas desde el mismo momento de su inauguración (1890), quedando definitivamente terminado en 1893. Con su construcción se trataba de ofertar un hotel que reuniese las condiciones de un verdadero sanatorio para turistas *invalids* (enfermos fundamentalmente afectados por patología pulmonares) y al propio tiempo un sitio cómodo, de descanso y recreo donde no faltase el menor confort. Con soberbias vistas al mar por su lado norte y en medio de unos jardines modelados por magnolios, palmeras, laureles de indias y pistas de tenis, el Hotel Taoro respondía a la moda de aquella época romántica. Se le llamaba *The Grand Hotel Taoro* o *The English Grand Hotel*, por la importante presencia británica en su seno. Sin embargo, entre 1905 y 1911, se le llamó *Kurhaus Humboldt* tras ser arrendado a la compañía alemana *Kurhaus Betriebs Gesellschaft*. Cuando Agatha Christie se hospedó en él estaba regentado por Gustavo Wildpret Duque, uno de los hijos del antiguo encargado del Jardín Botánico de la ciudad desde su llegada a la isla en 1860.

El hotel Taoro era el mejor de la isla de Tenerife. Poseía todo el confort, esmerado servicio, amplitud y sobre todo una privilegiada situación desde donde se divisaba una espléndida vista del valle de La Orotava y del océano Atlántico.

Los hermosos jardines eran el elemento más sobresaliente del hotel, hoy llamado Parque Taoro. Todo él estaba adornado de bellas especies exóticas: eucaliptos, palmeras datileras canarias, laureles de Indias, cedros, pinos canarios, cipreses, adelfas, plátanos del Líbano, araucarias, cafetos, árboles del Paraíso, etc. Estos jardines se agrupaban en dos espacios diferenciados. El denominado *jardín francés*, que se extendía sobre el patio central del hotel y una pequeña franja del exterior, y el *jardín inglés*, donde dominaban árboles, plantas y flores.

En varios lugares de estos jardines se encontraban campos de croquet, golf, tenis y cricket, glorietas de agradable frescura, espacios para paseos a caballo o en coche, y un largo camino bordeado de vegetación donde se celebraban carreras de sortijas.

El marco espacial del Taoro era el epicentro de la comunidad británica de la ciudad donde se encontraban la Iglesia Anglicana y la Biblioteca Inglesa con una hermosa sala de lectura.

El hotel poseía en su interior un gran salón de fiestas donde se celebraban conciertos bailes y espectáculos. Contaba también con un amplio y lujoso comedor y unas habitaciones también lujosamente amuebladas.

La temporada de verano era del uno de mayo al uno de octubre y la oficial era del uno de octubre al uno de mayo. El precio durante esta temporada de invierno era de 25 pesetas (15 céntimos de un euro), por día, a pensión completa.

Los precios de las comidas que se servían en el comedor con un exquisito servicio eran los que siguen a continuación, aunque había precios especiales por largas temporadas.

Desayuno	Almuerzo	té	comida
4 ptas (0,2 cmos de €)	7 ptas (0,4 cmos de €)	2,5 ptas (0,1cmos de €)	8 ptas (0,4 cmos de €)

Todo parece indicar que fue en el Puerto de la Cruz donde Agatha Christie escribió la mayor parte de su libro *El misterio del tren azul*. No obstante, no había resultado fácil, entre otras cosas, porque Rosalind no había contribuido en absoluto a ello. No era una niña que se divirtiera ejercitando su imaginación; siempre necesitaba algo muy concreto. Por ejemplo, había que darle una bicicleta para que se fuera a pasear durante media hora; un rompecabezas difícil cuando estaba lloviendo, para que se entretuviera intentando componerlo, etc. En el jardín del hotel no podía hacer otra cosa que pasear entre los parterres de flores y jugar con un aro de cuando en cuando, cosa que tampoco le hacía demasiada gracia.

“..... -Mira, Rosalind -le dijo- procura no interrumpirnos. Tengo trabajo que hacer, estoy escribiendo otro libro. Carlo y yo vamos a estar ocupadas durante una hora, así que no nos interrumpas.

-Bueno, muy bien, -le contestó Rosalind con tristeza, y se marchó-
Agatha miró a Carlo sentada frente a ella y con un lápiz preparado se puso a pensar, “estrujándome el cerebro”. Al final, llena de dudas, empecé a dictar. Al cabo de unos minutos divisé a Rosalind, que estaba al otro lado del sendero, mirándonos.

- ¿Qué ocurre, Rosalind? -le pregunté- ¿Qué quieres?
- Ha pasado ya media hora -me dijo-
- No, todavía no. Han pasado exactamente nueve minutos.
- Bueno, muy bien -y se marchó-

Inmediatamente reapareció de nuevo Rosalind.

-Ya te llamaré cuando hayamos terminado. Ahora todavía no.
-Bueno, puedo quedarme aquí, ¿no? Me estaré quieta. No interrumpiré.
-Bueno, está bien, quédate si quieres -le dije poco convencida y volví de nuevo a dictar-

Pero la mirada fija de Rosalind a su madre produjo el efecto de una medusa. Agatha sintió con más fuerza que nunca “que todo lo que estaba diciendo eran idioteces (en realidad, la mayoría lo eran). Me interrumpí, vacilé, tartamudeé y me repetí montones de veces. ¡Realmente, no sé cómo acabé ese maldito libro!”, fueron sus palabras en el hotel.”

Por lo visto, Agatha señala en su *Autobiografía* que no sentía ninguna alegría al escribir, ninguna inspiración. Había desarrollado un argumento convencional, adaptado de uno de sus anteriores relatos. Sabía lo que se traía entre manos, pero no veía la acción con claridad en su mente y a los personajes les faltaba vida, según ella. Le impulsaba desesperadamente el deseo, o mejor dicho, la necesidad de escribir otro libro y ganar algo de dinero.

Parece que el ambiente tranquilo del Puerto de la Cruz de la época le ayudó a recuperarse síquicamente y fue el momento en que se transformó de escritora aficionada en profesional. Asumió todas las cargas de su profesión como la de escritora, “en la que tiene que escribir aunque no te guste lo que estés haciendo y aunque no esté demasiado bien escrito”. Siempre había odiado *El misterio del tren azul*, pero consiguió terminarlo y enviárselo a los editores. Se vendió tan bien como el anterior, así que se consoló un poco; de todos modos, Agatha nunca se sintió demasiado orgullosa de él.

Como señala Melecio Hernández Pérez en su artículo “La ruta de Agatha Christie” (*EL DÍA*, 3/12/2005), sabedora de la gratitud que debía a la paradisiaca tierra donde se encontraba, no dudó en reflejarla en el título del capítulo VI “Un hombre de mar” del libro *El enigmático Mister Quin*. Es una colección de historias sobre la figura del enigmático señor Harvey Quin y el cortés señor Satterthwaite, dos de los personajes favoritos de Agatha Christie. Según Matthew Bunson, Harvey Quin es sin duda el más inusual y misterioso personaje en los escritos de Agatha Christie. Ejerce una influencia mágica sobre la gente y situaciones, aparece inesperadamente, fugaz en su ida y venida. Mr. Quin es un híbrido entre el detective clásico y el espíritu etéreo que llega y desaparece en forma misteriosa como si su cuerpo no obedeciera las leyes físicas. Todos lo vieron alejarse y desaparecer absorbido por las tinieblas de la noche. Como antes, el filtro multicolor de la vidriera le dio un aspecto abigarrado y pintoresco. Evoca la figura de un arlequín en sus movimientos, en sus ropas salpicadas de parches de colores, a través de la reflexión de la luz de sus manchadas gafas, etc. La escritora británica sentía simpatía y admiración por el personaje del arlequín y ya lo había tratado desde 1924 a través de poemas. Precisamente en *El enigmático Mr. Quin* la señora Christie dedica una serie de relatos al arlequín.

El compañero de este peculiar detective es el señor Satterthwaite, un caballero entrado en años que se autodefine como un espectador sentado permanentemente en primera fila, contemplando los dramas humanos que se desarrollan ante su vista. El señor Satterthwaite es lo opuesto al señor Quin. Es un hombre urbano, sofisticado, culto y se confiesa soltero. Sus pasatiempos favoritos son la fotografía, el arte, el buen comer y la música. Precisamente en su corta historia “Un hombre de mar” hace constante alusión a la ópera *Tristan und Isolde* de Richard Wagner.

La acción del relato corto “Un hombre de mar” se desarrolla en una isla mediterránea que evoca claramente a la zona de La Paz del Puerto de la Cruz. Es una obra claramente inspirada durante la estancia de Agatha Christie en la ciudad turística del Puerto de la Cruz, aunque sitúa la acción en una isla del Mediterráneo perteneciente a la turística Riviera, que tanto gustaba incorporar en sus relatos.

Satterthwaite se traslada a la isla y cuando va caminando a lo largo del borde de una colina llamada La Paz se encuentra una villa, La Paz. Agatha Christie se refiere, sin lugar a dudas, a La Paz, un promontorio al este del Puerto de la Cruz, lo cual nos indica que no todo el tiempo estuvo enclaustrada en el hotel, sino que paseó hasta llegar a esta parte del Puerto de la Cruz. Según la señora Molly Smith, descendiente de los propietarios de Sitio Litre, la autora inglesa visitó el lugar. Por su descripción en “Un hombre de mar”, la señora Christie subió por la ladera de Martiánez:

“Mister Satterthwaite siguió andando. Dejó atrás los caminos bordeados de palmeras y las esparcidas casitas blancas del pueblo. Pasó a lo largo de la ribera de negra lava entre cuyas rugientes olas perdiera años atrás la vida un conocido narrador inglés. Pasó los estanques rocosos donde niños y ancianos retozaban haciéndose la ilusión de que se bañaban, y subió al fin por la empinada y tortuosa senda que conducía a la cima del acantilado. Al borde mismo de éste había una casa a la que designaban con el apropiado nombre de La Paz. Era una casa blanca con verdes postigos herméticamente cerrados y un tanto descoloridos por la acción del tiempo. Estaba rodeada de un descuidado, pero hermoso jardín”.

La finca de La Paz era propiedad de Laura Cologan y Heredia, prima y viuda de Tomas Fidel Cologan Bohadilla, marqués de la Candia, fallecido en 1888. Medía 47

fanegadas, equivalente a 24 hectáreas, sesenta y siete áreas y 5 centiáreas, dedicadas al cultivo de la platanera. Los estanques que menciona la escritora inglesa eran los tres estanques que tenía para las aguas de su riego procedentes de las sociedades de Aguas del Rey, de Aguas del patronato y la Dula del Heredamiento de Aguas de La Orotava. Como bien relata Agatha Christie, había en su interior una casa. Se refiere a la residencia veraniega de la familia Cologan conocida por La Paz, la principal de la hacienda. Era bastante grande, de dos plantas y medía unos 1.100 metros cuadrados. También había caballerizas, sótanos y una casa contigua para medianeros, además de una bodega que se usaba para almacenar tabaco. A continuación se encontraba la ermita particular de San Amaro.

Nos habla la señora Christie del hermoso jardín descuidado de la hacienda. En efecto, la casa estaba desocupada y los jardines abandonados desde 1907 a raíz de la muerte de la propietaria Laura Cologan. Cuando Agatha estuvo paseando en 1927 su propietaria era Carmen Zulueta González de la Mota, viuda de Leopoldo Cologan y Cologan -uno de los ocho hijos de Tomás y Laura (fallecida en 1907), General de Brigada, residente en el Puerto de Santa María de Cádiz (fallecido en 1906 en Cádiz)- y sus cuatro hijos menores, Tomás, Antonio, Leopoldo y Ana, con residencia en la ciudad de Cádiz. Desde 1907 hasta 1929 la hacienda de La Paz estuvo vacía y prácticamente sin mobiliario. Ese año, su único heredero, Leopoldo Cologan Zulueta casado con Cristina Ponte Méndez Lugo, la ocupó y dotó de mobiliario confortable y de calidad para residir en ella. Solamente había sido ocupada en octubre de 1925 por la duquesa Cecilia de Mecklenburgo Schwerin, casada en 1905 con el príncipe heredero del trono de Alemania y Prusia Guillermo (Guillermo III, 1882-1951), hijo de Guillermo II y Augusta Victoria de Schleswig-Holstein. Pero, insisto, en los restantes años, desde 1907 a 1929 la residencia veraniega de la familia Cologan estuvo desocupada.

Agatha utiliza la casa para situar en ella la trama central del relato. “Mister Satterthwaite entra a la casa y se encuentra una mujer torturada que vive sola allí” y que pretendía suicidarse porque que tuvo un hijo, John, fuera del matrimonio, aunque ella alegaba porque su marido inglés se había ahogado en la playa de Martiánez. Una clara alusión al hecho real del nadador que se ahogó en la playa y que ella recoge en su *Autobiografía*. Mr. Satterthwaite conoció mientras se encontraba en La Paz a un compatriota que había visitado en ocasiones el Puerto de la Cruz, Anthony Cosden, pero que pretendía también suicidarse desde los acantilados de Martiánez porque los médicos le habían pronosticado seis meses de vida, pero que finalmente le convenció para que no lo hiciera, como lo había hecho con la dama de la casa de La Paz, y que resultaba ser el padre de John. El personaje de Cosden es una clara alusión que hace Agatha a sus compatriotas *invalids* que hacían turismo en el lugar para la convalecencia de alguna enfermedad, como haría con el doctor Lucas en Gran Canaria. Al final aparece Mr. Quin, el enigmático personaje que se le aparecía en todas partes.

No se olvidó la escritora de ilustrar el relato de “un hombre de mar” con el cuadro más pintoresco del paisaje urbano de las islas: el perro abandonado, cuyo fin en muchas ocasiones es la muerte causada por el atropello de un coche, como sucede en la obra. Sin embargo en ella su tratamiento está lleno de ternura hacia el animal, todo lo contrario de lo que solían hacer sus compatriotas los viajeros victorianos que no dejaron de criticar en sus escritos el abandono y maltrato de los animales domésticos en las islas.

Tuvo palabras de elogio para el jardinero del jardín de la residencia, Manuel, que en vida contaba con orgullo haber conocido a Agatha Christie y que solía regalarle cada mañana, antes de que ella entrara a desayunar en el hotel, un ramito de flores. El personaje Manuel de la novela era Manuel González García, conocido popularmente en el

Puerto de la Cruz como “Manuel el de los machangos”, sin embargo hay que señalar que no era el jardinero de la familia Cologan sino del hotel Taoro.

La autora no dejó de hacer referencia al acantilado al que se llega por el paseo de los cipreses desde la casa Cologan y desde donde se contempla una espléndida vista de la playa de Martiánez. Se le llama el Mirador de La Paz, y en efecto, desde él se puede apreciar una increíble panorámica de la bahía.

“... en el que se destacaba una avenida de cipreses que conducía a una especie de plataforma que había junto al borde del acantilado y desde donde podía contemplarse el maravilloso espectáculo de un mar embravecido que se estrellaba impotente a sus pies”.

En esos años la explanada de Martiánez estaba cubierta por plataneras y al borde de la playa se encontraba el complejo de ocio Termal Palace instalado en 1912 con restaurante, *tea rooms*, gimnasio, salón de judo, centros de baños y otros servicios. Había otro restaurante a donde los turistas podían ir a comer, Brisas del Teide, situado en la calle Esquivel.

Agatha Christie dedicó elogios al valle de La Orotava, y en particular para el Puerto de la Cruz, el cual “era un lugar encantador con la gran montaña que lo dominaba todo y las maravillosas flores que crecían por todas partes, alrededor del hotel”. El valle estaba cubierto totalmente de plataneras y el verde de la vegetación resplandecía por todos los rincones y resultaba maravilloso explorar a pie el encantador pueblo, disfrutar de las vistas de su mar azul, de las buganvillas que caen sobre las paredes de las casas blancas y de los hermosos jardines y plazas que salpican cada uno de sus rincones. Pero, se quejó de los efectos del alisio, ya que impedía el día claro, soleado como era su deseo, y de la única playa que tenía entonces el Puerto de la Cruz para bañarse, Martiánez. Ni el azul intenso del mar ni el olor penetrante a agua de sal ocultan que ese rincón portuense para el baño no es apto para los foráneos, no es la más indicada para una lady, máxime si se trata de una joven extranjera que como es natural la desconoce. Es una playa de arena negra en la orilla pero de enormes riscos que cuando la marea está alta no se perciben su presencia, pero cuando está baja, es imposible bañarse. Si a ello se le suma la bravura del mar que lanza las olas contra la orilla con fuerza cuando la marea no está tranquila entonces es un peligro bañarse. Agatha, amante del baño en el mar y gran nadadora, quedó desencantada con el Puerto de la Cruz por la ausencia de una playa de arena que le permitiera tenderse y por la imposibilidad de poder nadar dada la bravura de las olas. La única manera de tomar un baño era tumbándose sobre la arena en la orilla y esperar que la burbuja originada al romper la ola la cubriera.

“Había, sin embargo, dos cosas que me molestaban: la bruma que descendía de la montaña al mediodía y que convertía lo que había sido una espléndida mañana en un día completamente gris; a veces incluso llovía, y los baños de mar, para los aficionados a nadar, resultaban terribles. Tenías que tumbarte boca arriba en una playa volcánica en pendiente, enterrar los dedos en la arena y esperar a que las olas te cubrieran. Pero tenías que ir con mucho cuidado para que no te cubrieran demasiado, pues se habían ahogado ya muchas personas. Resultaba imposible meterse en el mar y empezar a nadar; sólo lo hacían los dos o tres nadadores más fuertes de la isla, e incluso uno de ellos se había ahogado el año anterior. Por eso, al cabo de una semana nos trasladamos a Las Palmas de Gran Canaria”.

En vista del mal tiempo y la incómoda playa que se encontró en el Puerto de la Cruz, Agatha se trasladó a Santa Cruz de Tenerife para tomar uno de los dos vapores interinsulares canarios que comunicaban con Gran Canaria: el *León y Castillo* y el *Viera y Clavijo*. Estos vapores de cubiertas con abrigo fueron construidos en 1912 por la *Lloyd's Special Survey*. Estaban dotados de luz eléctrica en todas las cabinas, salones y habitaciones para fumadores y equipados con todos los modernos equipamientos.

AGATHA CHRISTIE EN GRAN CANARIA

Agatha Christie llegó desde Santa Cruz a Las Palmas, la ciudad contaba con una población de 78.196 en 1930, desembarcó en el puerto de refugio de La Luz, unido al grupo de población por el istmo de Guanarteme a cuyos lados se encuentran las playas de Las Alcaravaneras y Las Canteras. La infraestructura del Puerto de La Luz se realizó entre 1883 y 1902, según un proyecto del ingeniero don Juan de León y Castillo, hermano de don Fernando de León y Castillo, propulsor de este puerto, centro de la actividad portuaria de la ciudad. Había dos muelles de desembarcadero. El del este medía 1.279 metros de largo y el otro llamado Santa Catalina medía 650 metros y era donde usualmente solían ser desembarcados los pasajeros. Aquí todos los viajeros desembarcaban directamente sobre el muelle y un agente del hotel iba a recibirlos.

Si bien el muelle de Santa Cruz de Tenerife estaba enclavado dentro de la misma ciudad, el de La Luz de Las Palmas de Gran Canaria estaba situado a unos cuantos kilómetros del núcleo poblacional. El muelle estaba conectado con la ciudad a través de un tranvía eléctrico. El precio del transporte hasta la Terminal en la ciudad (Mercado) era de 35 céntimos de peseta en primera y de 25 céntimos en tercera. El coste del viaje en tartana, transporte público de tracción animal de un caballo y dos ruedas, dependía de la zona. Había tres zonas: centro, extrarradio y Telde. Por último estaban los automóviles de motor que eran medios de transporte más caros que los otros dos.

Agatha Christie, su hija Rosalind y su secretaria Carlo se alojaron en el hotel Metropole situado a mitad de camino entre el muelle de Santa Catalina y la ciudad, justo enfrente de la playa Santa Catalina. Muy cerca estaban el *British Club* y el *Tennis Courts*.

El hotel Metropole de Las Palmas de Gran Canaria era, como el Taoro en el Puerto de la Cruz, un establecimiento de gran lujo dotado de las mayores comodidades. Fue establecido por su compatriota Alfred Lewis Jones. En 1884 A. L. Jones, socio de la *Elder, Dempster & Co.*, compañía que cubría la ruta de Liverpool, Glasgow y la costa occidental africana, se estableció en Las Palmas de Gran Canaria para suministrar carbón a sus barcos y pronto se involucraría en la producción platanera en Gran Canaria. Su objetivo era hacer llegar el plátano a Liverpool. Además, Alfred Jones fundó el 30 de marzo de 1894 la *Bank of British West Africa* junto con O. Harrison Williams (casado con una sobrina suya), F.W. Bond, director de la *African Steam Ship Company*, Henry Cooke, comerciante, G.W. Naville, un ex-empleado de *Elder, Dempster and Co.*, etc., con un capital nominal de £100.000 como respuesta a los problemas que le estaba ocasionando la *General Steam Navigation Company* al monopolio naviero de la *Elder, Dempster and Co.* en la costa occidental africana. Alfred Jones era su mayor accionista, con 1.733 acciones de un total de 3.000. Abrió sucursales en las colonias de Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro y Lagos. En la medida en que realizaban una actividad mercantil con Canarias, abriría agencias en Gran Canaria y en Tenerife para realizar las operaciones que conllevaba dicha actividad.

Cuando la señora Christie se hospedó el hotel todavía estaba bajo la dirección inglesa. Tenía un comedor para 150 personas sentadas, salón de billar, habitaciones de fumadores, habitaciones para el revelado fotográfico y los más modernos sistemas de desagües e higiénicos establecidos bajo la dirección de ingenieros ingleses. Contaba con variados servicios para proporcionar confort a los huéspedes como de lavado y planchado de ropa particular, pistas de tenis propias, campo de golf, transporte en barco por la costa de la ciudad, posibilidades para pesca, baños en la playa y servicio de doctores para la atención de los huéspedes. Agatha Christie parecía sentirse muy bien en la isla, de la cual se enamoró.

Durante su estancia en Las Palmas de Gran Canaria asistió a bailes y encuentros con sus compatriotas en el English Club y entabló amistad con algunos residentes, tales como un doctor británico apellidado Lucas y su hermana Meek, quienes le invitaron a quedarse por más tiempo.

“Durante esas veladas nocturnas conocimos Carlo y yo a dos amigos estupendos, el doctor Lucas y su hermana la señora Meek. Ella era bastante mayor que su hermano y tenía tres hijos. El doctor Lucas era especialista en tuberculosis y tenía un sanatorio en la costa oriental; había quedado impedido en su juventud - no sé si por tuberculosis o polio- y tenía la espalda ligeramente encorvada y una constitución delicada, pero tenía unos dotes curativos sensacionales, y un éxito extraordinario con sus pacientes”.

Mientras Agatha Christie estuvo allí se le irritó mucho la garganta y el doctor Lucas vino a verla. Pero pronto se percató de que se encontraba en un estado depresivo. Le dijo:

-Se siente usted muy desgraciada por algo, ¿verdad? ¿De qué se trata? ¿Problemas con su marido?

Agatha le respondió que sí y le contó algo que no especificó lo que fue. Para ella el doctor Lucas era un hombre muy alegre y transmitía animación a su alrededor.

-Si usted le quiere, él volverá a su lado -me dijo- Déle tiempo, déle todo el tiempo que necesite y, cuando regrese, no le haga reproches.

Agatha le respondió *que no volvería nunca, que no era de ese tipo de personas. No estuvo de acuerdo; sonrió y me dijo:*

-La mayoría de nosotros somos así, se lo aseguro. Yo me marché también y luego regresé. De todas formas, sea lo que sea que suceda, acéptelo y siga adelante. Está llena de fortaleza y de coraje y aún tiene mucho bueno que obtener de la vida.

Agatha Christie quedó profundamente sorprendida por la humanidad que emanaba del doctor Lucas y lamentó mucho su muerte en el año 1933.

¡Mi querido padre! Le debo tantas cosas. Era un hombre con una enorme compasión por las caídas y desfallecimientos humanos. Cuando murió, cinco o seis años después, sentí que había perdido a uno de mis mejores amigos.

Todo parece indicar que Agatha disfrutó esta vez de una playa de arena amarilla y de unos placenteros baños de mar en Las Canteras, la principal de las dos playas con las que cuenta la ciudad con una extensión de unos siete kilómetros. Aquí las olas al romper en la orilla de la playa se deslizan suavemente sobre la arena amarilla. También habrá disfrutado de unos agradables paseos a lo largo de la avenida marítima peatonal que se extiende a lo largo de la playa. Elocuentes son sus comentarios en la *Autobiografía*:

“Tenía dos playas perfectas; la temperatura también lo era: la media era de unos 25 grados, que para mí es la temperatura ideal del verano. La mayor parte del día soplaba una brisa estupenda y las noches eran lo suficientemente cálidas para sentarse a cenar al aire libre”.

Cuando Agatha, Rosalind y Carlo salieron del hotel con dirección al Puerto de la Luz para coger el barco de la *Union Castle* y regresar a Inglaterra, descubrió que el osito azul de la niña se había quedado en tierra. El rostro de Rosalind empalideció inmediatamente.

-No me marcharé sin Osito Azul -dijo, llorosa-.

“Nos acercamos al conductor del autobús que nos había llevado hasta allí y tratamos de convencerle para que fuera a buscarlo al hotel, dándole una generosa propina que no pareció interesarle. Por supuesto que iría a buscar el pequeño osito azul, y además regresaría tan rápido como el viento. Nos aseguró que mientras tanto los marineros no dejarían que el barco se fuera, sin el juguete favorito de una niña. Yo no estaba de acuerdo con él, estaba segura de que el barco se marcharía: era un barco inglés, en escala desde África del Sur; si hubiese sido español, no habría duda de que hubiera esperado el tiempo necesario, pero éste no. No obstante, todo fue bien. Justo cuando empezaron a sonar las sirenas y se comunicaba a los visitantes que abandonaran el barco, apareció el autobús envuelto en una nube de polvo. El conductor saltó y corrió hacia la pasarela. Osito Azul pasó a brazos de Rosalind en cuestión de segundos y ella lo estrechó contra su corazón, emocionada. Un final feliz para nuestra estancia en Canarias”.

En los salones del hotel Metropole se solían celebrar bailes y en uno de ellos comenzó Agatha Christie su relato corto “Una muchacha de compañía”, en tanto que el título en inglés es “The Companion”, de los trece que consta la obra *Miss Marple y los trece problemas*.

A diferencia del *Enigmático Mr. Quin* donde la acción se desarrolla en un paisaje imaginario sin hacerse en ningún momento referencia a la isla de Tenerife, en la trama de *Una señorita de compañía* se hace alusión claramente al lugar donde se desarrolla: en Gran Canaria, y más concretamente en la playa de Las Nieves (Agaete).

En la casa del coronel Bantry en St. Mary Mead (Inglaterra), con su amiga el popular personaje de la señorita Marple, la joven actriz británica Jane Helier y sir Henry Clithering, ex comisario de Scotland Yard, el doctor Lloyd cuenta la historia que le sucedió en Agaete cuando viajó a Gran Canaria.

El pueblo de Agaete, con una población entonces de aproximadamente 3.500 habitantes y a 48 kms. de Las Palmas, está situado a poca distancia del mar, tenía un pequeño muelle y una playa. En ella había estado situado un antiguo cementerio. Desde

su puerto se realizaba un considerable tráfico comercial de vapores fruteros y goletas con Tenerife, sobre todo de mantequilla y naranjas.

La excursión a Agaete era una de las más realizadas por los turistas ingleses que arribaban a la isla. Desde aquí a su vez se iba a los nacientes de aguas minerales de Berrazales y a los puntos de Artenara y otros lugares como la Montaña de Tirma, una de las dos montañas más sagradas de los canarios. Agatha Christie la realizó elogiando el paisaje deslumbrante que descubrió. La excursión la hace el doctor Lloyd, médico y miembro de la *Tuesday Night Club*. Él es uno de los que se traslada a la playa de las Nieves.

“Al día siguiente había planeado ir de excursión con unos amigos. Teníamos que atravesar la isla en automóvil, llevándonos las comidas, hasta un lugar llamado (apenas lo recuerdo...¡ha pasado tanto tiempo!) Las Nieves, una bahía resguardada donde podíamos bañarnos si ese era nuestro deseo. Este programa se llevó a cabo casi por completo, con la excepción de que salimos más tarde de lo previsto y nos detuvimos por el camino para comer, yendo a Las Nieves después, para bañarnos antes de la hora de tomar el té”.

Los otros dos viajeros a Agaete fueron la señora Mary Barton y la señorita Amy Durrant, dos inglesas que viajaron a Gran Canaria como turistas y pernoctaron en el hotel Monopole mientras el doctor Lloyd estaba hospedado. La señorita Durrant, que trabajaba desde hacía unos cinco meses para la señora Barton, murió ahogada mientras se bañaban juntas, siendo el doctor Lloyd el que se encargaría de investigar las extrañas circunstancias de su muerte.

En *Una señorita de compañía* Agatha Christie quiso rendir tributo a tantos y tantos médicos británicos que visitaron Canarias y que con sus escritos sobre la benignidad del clima de las islas las colocaron en el pedestal más alto. Fueron los descubridores del potencial turístico del archipiélago, los que crearon la imagen del archipiélago como el mejor *health resort* (centro médico-turístico) situado más al sur de Europa, los que en definitiva, divulgaron por los círculos científicos, académicos y universitarios británicos y europeos la importancia médica del archipiélago canario. Recordemos los escritos del prestigioso doctor James Clark, o las visitas a las islas de destacados médicos como William White Cooper, William Robert Wilde, William Marcet, Ernest Hart, Thomas Spencer Wells, Morell Mackenzie, entre otros. Pero Agatha Christie quiso manifestar su reconocimiento sobre todo a los doctores compatriotas que se establecieron una temporada entre los isleños y ejercieron la profesión médica a título individual o al servicio de un hotel inglés para atender a los turistas enfermos que visitaban a las islas para la convalecencia de alguna patología pulmonar. Mordey Douglas, Brian Melland, Pager Thurstan, A.J. Wharry, James Ingram y muchos otros médicos británicos se establecieron aquí para atender a sus compatriotas enfermos y a muchos naturales.

La escritora inglesa quiso destacar la importancia de estos médicos al reconocer el trabajo y humanidad del doctor Lucas en su *Autobiografía*, o al colocar al lado de unos de sus personajes novelescos preferidos, Miss Marple, la figura del doctor Lloyd en el relato *Una señorita de compañía*. Y destacó muy acertadamente, probablemente porque el doctor Lucas se lo comentaría, el viaje del médico Lloyd a Canarias motivado por sus problemas de salud, traslado que solían hacer muchos médicos a las regiones cálidas para la convalecencia de alguna enfermedad. Pone en boca del mismo médico lo

soleado y la suavidad del clima, y las excelentes playas de Las Palmas de Gran Canaria, así como la considerable afluencia de buques a su puerto:

“El incidente que voy a referirles -continuó el médico- sucedió en la isla de Gran Canaria, no en Tenerife. De ello hace ahora muchos años. Mi salud no era muy buena y me vi obligado a dejar Inglaterra y marchar al extranjero. Estuve ejerciendo en Las Palmas, que es la capital de Gran Canaria. Allí disfruté mucho. El clima es suave y soleado, excelente playa -yo soy un bañista entusiasta- y la vida del puerto me atraía sobremanera. Barcos de todo el mundo atracaban por el muelle cada mañana, lo que me tenía más interesado que a cualquier miembro del sexo femenino que paseara por una calle de tiendas de sombreros.

Como les decía, barcos procedentes de todas las partes del mundo atracaban en Las Palmas. Algunas veces hacían escala unas horas, y otras un día o dos. En el hotel principal, el “Metropole”, podían verse gentes de todas razas y nacionalidades... aves de paso. Incluso los que se dirigían a Tenerife se quedaban unos días antes de pasar a la otra isla”.

Con las dos novelas inspiradas en su experiencia canaria, Agatha Christie se convirtió en una de las más grandes propagandistas de las excelencias turísticas de las islas y decimos de las mayores porque el lector de sus historias, siempre sediento de la lectura de sus nuevos relatos o novelas, era el gran público y no un lector minoritario. El Teide, el valle de La Orotava, Tenerife y Gran Canaria van a estar paseándose por la mente de los lectores de la reina del crimen.

Tan enamorada quedó la elegante escritora de Las Palmas de Gran Canaria que la visitó de nuevo. Por su redacción en la *Autobiografía*, redactada en 1965, da a entender que su reflexión la hace en presente, convertida ya la ciudad en un centro turístico de masas y afectada por la descomunal intervención urbanística, y lo contrapone con lo agradable y tranquila que era cuando la visitó por primera vez en 1927.

“Las Palmas de Gran Canaria me parece aún el lugar ideal de descanso en los meses de invierno. Pero creo que hoy día se ha convertido en un gran centro turístico y ha perdido su encanto de entonces. En aquel tiempo era un lugar tranquilo y lleno de paz. Iba muy poca gente, salvo los que se quedaban uno o dos meses y lo preferían a Madeira”.

Agatha Christie no volvió a visitar más las Islas Canarias, aunque sí su hija Rosalind (ya señora) con su hijo Matthew Pritchard.